

MEMORIA

«Una sezione per ogni campanile... e una festa de *l'Unità*!» El papel socializador de las fiestas de *l'Unità*

Juan Carlos Marín Sánchez
CEPA Casa de la Cultura de Getafe

Introducción

«Una sezione per ogni campanile... e una festa de *l'Unità*!»¹¹. Esta consigna repetida una y otra vez por los dirigentes comunistas tras la Segunda Guerra Mundial bien podría servir para describir la implantación alcanzada por el Partido Comunista Italiano en el territorio y la sociedad. Sólo una institución como la Iglesia católica ocupaba hasta entonces tan vastos espacios de la vida pública –y privada–, y el PCI vino a contestar esa preeminencia en un país sumamente religioso.

En parte, el comunismo venía a constituir otra especie de religión con una fe y unos rituales propios, de los que las fiestas de *l'Unità* constituyen uno de sus máximos exponentes, convertidas en toda una litur-

1.- Trad.: «Una sección por cada campanario ... y una fiesta de *l'Unità*». «Una sezione per ogni campanile» era un lema interno de reclutamiento del PCI en 1945. Esta frase suele atribuirse a Pietro Secchia, que sintetizaba así la preocupación del partido por la vitalidad del asociacionismo católico en la posguerra, con estructuras extendidas por toda Italia. Recogido en Paolo Spriano, *Storia del Partito comunista italiano. Vol. 5. La Resistenza. Togliatti e il partito nuovo*, Torino, Einaudi, 1975, p. 595.



Jóvenes asistentes a la fiesta de *l'Unità* en Roma, 1948 (Fundazione Gramsci).

gia para el militante comunista, manifestación de su pertenencia a este partido.

Nacidas al calor de la euforia tras la Liberación de Italia en 1945, este tipo de fiestas tendrán inicialmente el objetivo de financiar la publicación de la prensa del partido, con el mismo nombre. Sin embargo, pronto se revelará como un instrumento esencial en la estrategia política y cultural del PCI en la conquista de la hegemonía.

De esta forma, el carácter popular de las primeras fiestas celebradas irá dejando paso al aspecto político, especialmente en las fiestas nacionales celebradas en algunas de las ciudades más importantes del país y que conseguían reunir en ocasiones más de medio millón de personas. Toda una demostración de fuerza y capacidad organizativa para un partido que se sentía marginado de un sistema democrático del que precisamente era uno de sus pilares. Conviene no perder de vista tampoco el contexto internacional para llegar a comprender el giro que da la celebración de la fiesta de *l'Unità* a partir de 1948, año de máxima tensión en la política italiana debido a las presiones ejercidas desde Estados Unidos.

Aunque el evento de mayor movilización fuera el nacional, las fiestas celebradas por las distintas secciones y federaciones a nivel local y provincial jugarán igualmente un papel clave, puesto que, además de conservar el carácter popular, suponen la extensión e implantación del partido por todo el territorio y a todos los niveles, cobrando tal importancia en algunas zonas que llegarán a superar en participación a las fiestas tradicionales católicas.

La importancia de los símbolos en política no es menor, y las fiestas de *l'Unità* así lo demuestran, contando desde los orígenes con una serie de signos distintivos y rituales que daban carácter propio a la fiesta y a los participantes en ella, convirtiéndose en un potente elemento socializador.

Todos y cada uno de estos elementos mencionados se irán desgranando a lo lar-

go del presente trabajo, cuyo objetivo es conocer algunos de los elementos clave de la celebración de este tipo de fiestas para comprender mejor el papel jugado por esta en la estrategia por convertirse en una fuerza capaz de alcanzar el gobierno.

Los orígenes

Al contrario que otras celebraciones propias del ámbito de la izquierda como el 1 de mayo o el 8 de marzo, *l'Unità* no conmemora ninguna fecha pasada. Es aquí donde reside la primera particularidad de esta celebración: proyecta su significado sobre el presente y, especialmente, en el futuro. Esto último es algo que caracteriza al comunismo, la lucha y el esfuerzo presentes para un mañana más justo.

Entre sus antecedentes más inmediatos encontramos en primer lugar las fiestas del *Avanti!*, celebradas por el Partido Socialista Italiano desde principios del siglo XX y hasta la llegada de Mussolini al poder; y, en segundo lugar, y aún más importante, las fiestas de *l'Humanité*, celebradas desde 1930 por el Partido Comunista Francés y en las que numerosos miembros del PCI exiliados participaban, contando incluso con un stand propio para la suscripción a la edición clandestina de *l'Unità* que permitía obtener financiación para su publicación^[2]. Para algunos autores^[3], dichos eventos hunden sus raíces en las fiestas políticas que nacieron tras la Revolución Francesa como la de la Razón, del Ser Supremo o el aniversario de la toma de la Bastilla. Esta afirmación,

2.- Mirco Dondi, «Le feste dell'Unità: rito laico tra política e tradizioni popolari», p. 121, en A. Bernardi y otros (ed.), *Il PCI in Emilia-Romagna. Propaganda, sociabilità, identità dalla ricostruzione al miracolo economico*, Bologna, CLUEB, 2004.

3.- Anna Tonelli, *Storia politica e sociale delle Feste dell'Unità (1945-2011)*, Bari: Editori Laterza, 2012, p. 5; Claudio Bernieri, *L'albero in piazza. Storia, cronaca e leggenda delle feste dell'Unità*, Milano, Vololibero, 2011, p. 9.



Fiesta nacional de *l'Unità* celebrada en Roma en 1948 (Fundazione Gramsci).

pese a las analogías entre ambos acontecimientos, parece difícil de sostener.

La primera fiesta de *l'Unità* celebrada con este nombre fue la que tuvo lugar en localidad lombarda de Mariano Comense (Provincia de Como), entre el 1 y el 3 de septiembre de 1945. El lugar elegido no fue casual, ya que se trata del norte del país, la Italia combatiente, la Italia de la *Resistenza* contra el fascismo y el invasor alemán.

Las dificultades eran enormes durante la posguerra, pero tras la Liberación un espíritu optimista recorría Italia de norte a sur, y especialmente esta zona que había sufrido la fiereza del fascismo con especial intensidad. Era tiempo de mirar al futuro, de la reconciliación, de una nueva Italia democrática y libre, y en este ambiente surge la primera fiesta de *l'Unità*. Junto al significado simbólico que tenía el norte del país por lo expuesto anteriormente, se eligió un

lugar cercano a Milano por tratarse de una zona que había quedado prácticamente intacta tras los bombardeos sufridos por la región. Las infraestructuras (ferrocarril y carreteras fundamentalmente) se encontraban en buenas condiciones y ello favorecía las conexiones con el resto del país, facilitando así la llegada de personas desde distintos puntos.

Esta primera fiesta tendrá ya elementos que caracterizarán a las siguientes, como los bailes, banquetes, cánticos, competiciones deportivas o rifas. Todavía el mitin no tendrá una importancia central en el desarrollo del evento, puesto que en estos primeros años la fiesta tendrá un carácter más popular que político. De esta forma el programa se limita a señalar la presencia de líderes como Luigi Longo, Giorgio Amendola o Gian Carlo Pajetta (director de *l'Unità*). Como vemos, ni siquiera el secretario To-

gliatti asistió a este primer evento.

Para su realización se escogió una zona boscosa en las afueras de Mariano Comense, donde en pocos días surgió un auténtico «pueblo» de la nada gracias al trabajo desinteresado de cientos de militantes del PCI, que lograron que la organización fuera todo un éxito. De esta forma, se estima que participaron unas 200.000 personas en esta primera fiesta de *l'Unità*, muy por encima de las previsiones iniciales^[4]. La alegría y, especialmente la serenidad, caracterizaron el desarrollo de un evento que legitimaba al PCI como un partido defensor de la paz, que apelaba a las masas en torno a valores de interés general.

La fiesta significó también el inicio de la identificación de los líderes del PCI con la «masa», con el pueblo, participando junto a él en las actividades, sin distinciones jerárquicas. El PCI había pasado de la clandestinidad durante la dictadura, con unos pocos miles de afiliados, a tener, en 1945, más de 1.700.000 afiliados. El partido de masas era ya una realidad patente.

¿Por qué la fiesta?

Uno de los objetivos que había tenido el evento de Mariano Comense fue la financiación del periódico *l'Unità* (de ahí el nombre de la fiesta) y del propio partido, por lo que encontramos en el factor económico uno de los motivos que impulsó a los dirigentes del PCI a seguir apostando por la celebración del evento. Esta autofinanciación debemos entenderla ligada al concepto de autonomía financiera, fundamental para garantizar la independencia del PCI y, en definitiva, para poder ejercer la actividad política sin ataduras de los grandes poderes económicos como los bancos.

Quedarnos en esta explicación sería

4.- *l'Unità*, 4 de septiembre de 1945.

simplista y no nos permitiría llegar a las verdaderas razones que explican la continuidad de la fiesta a lo largo de los años y su extensión a todos los niveles del territorio.

Una vez pasada la euforia de la Liberación, el PCI empezará a vivir una situación difícil debido especialmente al contexto internacional, donde ya se empezaban a configurar los bloques protagonistas de la Guerra Fría. En las elecciones a la Asamblea Constituyente de junio de 1946 alcanzará apenas un 18,9% de los votos^[5], por detrás de la Democracia Cristiana y el PSI, y meses después, en mayo de 1947, el PCI será expulsado del gobierno presidido por De Gasperi debido a las presiones de Estados Unidos. Italia quedaba en la órbita de este último y no podía permitir que miembros de un partido comunista participaran en el gobierno, al igual que se hizo en Francia o Bélgica. Comenzaba la etapa de exclusión del PCI de la política nacional (no así en otras instituciones regionales o municipales).

En este ambiente, las fiestas de *l'Unità* se revelaron como un potente instrumento de socialización, verdadero motivo de la fiesta más allá del económico. El partido de masas surgido tras la Segunda Guerra Mundial comenzará una labor de construcción de una estructura sólida que le permita afianzarse y constituirse en uno de los pilares de la nueva democracia italiana, en línea con la concepción gramsciana de la hegemonía: era necesario penetrar en la sociedad, conquistar amplios consensos que incrementaran la base social del partido. Esto requería constituirse en un punto de referencia para las masas, manteniendo presentes valores como la cohesión, la combatividad o la movilización social.

Las fiestas de *l'Unità* serán un importante elemento de esta estrategia, ya que

5.- Ministerio del Interior italiano. Archivo histórico de las elecciones (<http://elezionistorico.interno.it/>).



Festa nacional de *l'Unità* celebrada en Milán en 1973 (Fundazione Gramsci).

constituirán el principal escaparate desde el cual el PCI se presentará a la sociedad italiana como un partido serio capaz gobernar eficazmente frente a la marginación a la que fue sometido tras las presiones estadounidenses. Pero sobre todo, suponían una auténtica demostración de fuerza, de capacidad de movilización de las masas y un instrumento de vital importancia para la creación de una identidad colectiva que reforzara la cohesión interna.

Delineando el carácter de la fiesta

Tras el éxito de Mariano Comense en 1945, la fórmula se extenderá por todo el territorio y a todos los niveles: local, provincial y regional. A nivel nacional, las fiestas de los dos años siguientes volverán a celebrarse en ciudades del norte, en Trada-te Comasco (1946) y Monza (1947).

Para 1946 la campaña de suscripción a *l'Unità* está claramente definida, tomando

el nombre de *Mese della Stampa comunista*. El objetivo de la autofinanciación tanto del periódico como del partido aparece claro. Se celebrarán fiestas de *l'Unità* por todo el país, destacando, junto a la nacional, la celebrada por la sección de Roma. En ella intervino Togliatti y en su discurso ya se apuntan las ideas señaladas anteriormente:

«¿Somos un partido totalitario? Si ser un partido totalitario significa querer que el poder pertenezca al pueblo y a quien vive de su trabajo; [...] o querer que se conceda la libertad a todos los ciudadanos salvo a los enemigos de la democracia, pues bien, aceptamos estas acusaciones. No tenemos los millones de los que disponen los pluto-cratas italianos, que creen que, a través de una movilización totalitaria –esta sí– de fuerzas al servicio de la mentira y de la reacción, serán capaces de frenar la marcha del pueblo hacia la realización de sus aspiraciones y de su propio destino. No tene-

mos estos millones, pero podemos reunir en torno a nuestro periódico millones de hombres y mujeres, de jóvenes y adultos. He aquí nuestra fuerza, nuestro capital: las masas de trabajadores que avanzan hacia la libertad y la emancipación, que saben y sienten que su periódico, el periódico de los partidos obreros, es un arma necesaria para vencer en esta batalla».^[6]

Toda una demostración de fuerza, puesto que solo en esta fiesta participaron unas 120.000 personas. Togliatti demuestra ser consciente de la importancia de dicho evento no solo para financiar el periódico *l'Unità*, del que toman nombre las fiestas, sino también como instrumento socializador. Tampoco el lugar elegido es fruto de la casualidad, ya que se desarrolló en las antiguas termas de Caracalla, escenario perfecto para presentar al PCI y la clase obrera como un nuevo sujeto colectivo —que ahora es protagonista— que quiere:

«construir para los siglos, como construyeron los romanos, pero construir para los siglos una nueva sociedad en la que el trabajo sea libre, emancipado de toda esclavitud y explotación. Solo cuando este sueño, presente en la mente de todos aquellos que han vivido de su trabajo, sea realizado, sabremos que habremos abierto a la humanidad, a los hombres, nuevas vías de civilización, de progreso, de desarrollo de la persona humana en todas las direcciones».^[7]

Para Calè, Togliatti cita el mundo romano de manera antitética a la forma en la que lo hacía el fascismo, ya que el dirigente comunista lo hacía para indicar el salto histórico que se produce desde la esclavitud a

la emancipación del trabajo^[8]. Nuevamente subyace la idea de la ruptura histórica con el pasado para alcanzar en el futuro la sociedad ideal y justa que predica el comunismo y que alimentará la «fe» de sus seguidores.

Los programas de las fiestas nacionales antes mencionadas de 1946 y 1947 reflejan la atención a las clases populares, sin que el aspecto político tenga aún especial relevancia. De esta forma se realizan actividades de eminente carácter popular con el objetivo de que la fiesta tenga una imagen lúdica: bailes, carrozas, competiciones deportivas (ciclismo, boxeo, lucha grecorromana, etc.), orquestas, rifas, espectáculos de variedades, juegos para los más pequeños, etc. Uno de los dirigentes comunistas, Antonello Trombadori, reconocía el papel de «organización y penetración ideológica de la fiesta», pero estimaba que el partido debía «aprovecharse de las tradiciones nacionales y regionales de las fiestas populares y ejercer a través de ellas una obra de dirección activa»^[9]. Sin duda el PCI supo durante este periodo llevar a cabo con éxito esta operación, ya que en las primeras fiestas los mítines no se anuncianaban como tales, sino que se limitaban al «saludo del compañero».

El carácter lúdico y popular prevalecía de momento sobre el político, al menos en apariencia. El objetivo de los organizadores era doble: por un lado, atraer al mayor número de personas en torno a un programa lleno de actividades para todas las edades; por otro, demostrar la capacidad de organizar y gestionar eventos de tal magnitud que tenían poco de revolucionarios.

En su intervención en la fiesta de 1947 en Monza, Togliatti realizó un análisis

6.- *l'Unità*, 1 de octubre de 1946.

7.- Ibídem.

8.- Fabio Calè, *Popolo in Festa. Sessant'anni di feste de l'Unità*, Roma, Donzelli, 2011, p. 29

9.- Anna Tonelli, *Storia politica e sociale...* p. 14.

de la situación política del país ante unas 800.000 personas, denunciando la campaña «de odio contra millones de trabajadores caídos en la lucha por defender sus sagrados derechos»^[10] y la responsabilidad de De Gasperi en la expulsión del PCI del gobierno, que había tenido lugar en mayo de ese año. Inevitablemente la intervención del máximo responsable del PCI en la fiesta le atribuía una connotación más política, que respondía a la necesidad de utilizar toda forma de propaganda para definir el papel de un partido que aspiraba a ser un sujeto político fundamental en la democracia italiana, que en unos meses celebraría sus primeras elecciones políticas una vez cumplidas las funciones de la asamblea constituyente elegida en 1946.

La política cobra relevancia

Las elecciones celebradas el 18 de abril de 1948 supusieron una derrota clara para PCI y PSI, que se presentaban en coalición con el nombre de Frente Democrático Popular. Este obtuvo un exiguo 31% de los votos, mientras que la Democracia Cristiana (DC) alcanzó la mayoría absoluta. Esta histórica derrota sufrida dejó a los comunistas italianos en condiciones de una fuerza política «congelada». El PCI era determinante en el sistema democrático, pero al mismo tiempo era identificado como el enemigo. El polarizado contexto internacional descartaba toda hipótesis de salida de la legalidad del juego democrático, impidiéndole a la vez ganar unas elecciones por presiones y amenazas estadounidenses, por lo que se encontraba en una difícil posición.

En estas condiciones, la línea del PCI tras 1948 siguió diferentes vías fijadas a la realidad del país y la clase obrera: la defensa del mundo del trabajo, la lucha contra las

discriminaciones de todo género, el compromiso en las administraciones locales y la defensa de la Constitución como carta de libertades y derechos comunes. Se iniciaba así un largo camino entre las instituciones democráticas de un PCI aislado pero fuerte, que educaba a las masas en la práctica de la democracia como elemento de modernización de Italia.

El proyecto fundamental de Togliatti implicaba la consecución de dos objetivos intermedios: radicar el «partido nuevo» en la sociedad civil y conquistar el derecho de alcanzar el poder sin «socialdemocratizarse».^[11] El primero de estos objetivos se consiguió con gran éxito. El PCI, defendiendo con energía los intereses de los trabajadores y movilizando a sus activistas, ocupó gran parte del espacio político del PSI, convirtiéndose en el partido hegemónico del movimiento obrero italiano. En este contexto se explica la decidida apuesta de la dirección comunista por la celebración de fiestas de *l'Unità*, ya que era parte fundamental de esta estrategia.

Con este clima de tensión política, la fiesta nacional celebrada el 26 de septiembre de 1948 asume un significado particular, ya que supone el regreso de Togliatti a la vida pública tras el atentado sufrido el 14 de julio del mismo año. La presencia del secretario general ya recuperado deja entrever que, en el plano político, la fiesta de *l'Unità* es decisiva por su capacidad para movilizar a las masas.

El PCI debía reencontrarse y afianzar la confianza de los militantes tras la derrota sufrida en abril, demostrando ser un partido fuerte y cohesionado, capaz de contestar la hegemonía de la Democracia Cristiana y, sobre todo, presentarse como alternativa política válida y convincente. El aspecto

10.- *l'Unità*, 16 de septiembre de 1947.

11.- L. Pellicani, *Il Centauro comunista*, Firenze, Vallecchi, 1979, p. 126.



Giorgio Amendola saluda a participantes de la fiesta nacional de l'Unità en Milán, 1973 (Fundazione Gramsci).

revolucionario debía quedar a un lado si se quería lograr ese objetivo, de forma que el propio Togliatti llama a la calma tras un atentado fruto de la propaganda anticomunista proveniente de las esferas de poder.

Como dos años atrás en la fiesta organizada por la sección romana en las termas de Caracalla, el lugar escogido no es casual, ya que en esta ocasión el Foro Itálico se revela como un espacio ideal tanto desde el punto de vista logístico como simbólico. El programa de 1948 recoge igualmente actividades de carácter lúdico y popular como bailes, desfiles de carrozas, competiciones deportivas, bailes, fuegos artificiales, etc. Sin embargo, en esta ocasión el mitin de Togliatti ocupará un lugar central, sin que por ello se desvirtuara el espíritu de la fiesta.

Un elemento nuevo introducido en esta ocasión será el desfile de militantes comunistas llegados de todas partes del país. Este se desarrolló desde Plaza Exedra (hoy plaza de la República) hasta el Foro Itálico, y en él participaron unas 100.000 personas, que

unidas a las 400.000 que esperaban en el Foro, suponen más de medio millón de participantes en la fiesta de 1948^[12]. Las cifras superaron con creces todas las expectativas: durante cinco horas el centro de Roma se tiñó de rojo para ver pasar a cientos de miles de militantes comunistas que desfilaban agrupados por delegaciones regionales portando banderas y retratos de Lenin, Stalin, Gramsci y Togliatti. Se trataba sin duda de una representación de la fuerza, la unidad y la identidad de un partido que aspiraba a ser la guía de la clase obrera italiana, de la convicción de las masas comunistas de que estaban luchando por un destino común y más justo.

La intervención de Togliatti tras la llegada del cortejo al Foro Itálico supuso además un momento de auténtico éxtasis, de perfecta comunión entre el líder y las masas, que sentían como propias las heridas provocadas por el atentado al suponer un

12.- *L'Unità*, 28 de septiembre de 1948.

ataque al propio ideal comunista. En este sentido, el secretario comunista expresó:

«La auténtica vida, la vida completa, comienza hoy para mí. Porque estamos acostumbrados a vivir, a disfrutar, a sufrir y a combatir junto a la masa de nuestro pueblo. Y por esto la verdadera vida comienza solo cuando entramos en contacto pleno y entero con este pueblo, como lo que sucede hoy entre nosotros». ^[13]

Como hemos apuntado anteriormente, Italia vivió un aumento de las tensiones políticas y una escalada de violencia que desembocó en el atentado ya citado. Pese al espíritu festivo de *l'Unità*, Togliatti estaba obligado a hacer referencia a ello, con el objetivo de calmar los ánimos entre los militantes. ¿Qué hacer pues, contra esta violencia? El secretario comunista parecía tenerlo claro: en primer lugar, la conciencia de la clase obrera, ser conscientes de la propia fuerza: «estamos seguros de nosotros mismos, de nuestro camino y nuestro futuro»^[14]. En segundo lugar, y para consolidar la confianza en el futuro, Togliatti hizo alusión a otra visión del mundo, en el que se hayan realizado objetivos como la paz, el «pan de los trabajadores», la libertad o la justicia social.

Las primeras fiestas habían dejado los temas políticos un tanto apartados, estando presentes en la iconografía y simbología más que en los discursos. La fiesta de 1948 supondrá un punto de inflexión tras la intervención de Togliatti en el Foro Italico. La figura del secretario pasará a estar presente en todas las fiestas nacionales que se celebrarán de ahora en adelante y los mítines ocuparán un lugar central en la fiesta, mucho más politizadas ya. No se perdió el carácter popular original, pero a partir de entonces este será más palpable en las fiestas

menores como las locales o las provinciales, que igualmente cumplirán una función en la estrategia del PCI.

Las fiestas se multiplican

La verdadera fuerza del partido residía en la capacidad de organizar fiestas en todo el territorio. Todas las federaciones y secciones se involucraban en las campañas de suscripción a *l'Unità*, que tenían como evento principal las fiestas del mismo nombre.

Tras el éxito de Mariano Comense en 1945, celebrada sin apenas planificación, los dirigentes comunistas fueron conscientes de la necesidad de supervisar la organización de las principales fiestas: cuanto mayor era su repercusión y relevancia, menor era el espacio que se dejaba a la iniciativa popular y la espontaneidad. De esta forma, las fiestas de *l'Unità* que conservaron mayor autenticidad fueron las celebradas por las secciones de pequeños pueblos y ciudades donde la participación e involucración del militante de base era mayor, conservándose el componente lúdico y popular.

En Emilia Romagna, una de las regiones de mayor implantación del PCI y mejor funcionamiento del sistema organizativo, las fiestas de *l'Unità* eran llamadas «fiestas del pueblo», con el objetivo de atraer «decenas de miles de trabajadores en torno al órgano oficial del Partido Comunista, que defiende día a día el derecho a la vida, al bienestar y la paz de la clase trabajadora, los campesinos, los intelectuales y de todos aquellos que viven honestamente de su trabajo».^[15]

Para incentivar la movilización de las secciones se convocaron concursos con diversos premios, como la presencia de algún dirigente nacional. La buena organización suponía un motivo de orgullo para los par-

13.- Fabio Calè, *Popolo in Festa...*, p. 51.

14.- Ibídem, p. 54.

15.- *l'Unità*, 24 de agosto 1949.

ticipantes, puesto que podía llevar a que la federación provincial organizara el evento nacional del año siguiente. Para medir los resultados de las fiestas se medía, en primer lugar, la implicación de los voluntarios y la contribución de todos al éxito final; en segundo, la capacidad para atraer público ajeno al PCI.

Los dirigentes fueron conscientes desde el primer momento de la necesidad de que la fiesta captara la atención de aquellos que no estaban afiliados ni simpatizaban con el PCI, muestra de la necesidad de conquistar «nuevas masas», consensos más amplios en la sociedad hasta envolver al adversario, es decir, el votante democristiano. No es casualidad por tanto la contraposición con las fiestas religiosas para atraer a los participantes en estas.

Se trataba de involucrar a personas en los márgenes del mundo *rosso*, que la fiesta fuera contagiosa, hacer de *l'Unità* la fiesta de todos. Estas eran en la mayoría de ocasiones el único acontecimiento laico en muchos pueblos pequeños, convirtiéndose en una ocasión para compartir momentos de diversión con la familia, los amigos o los compañeros de partido. La fiesta como fiesta de todos solo era posible en las localidades de fuerte implantación comunista, pero no en regiones como el Véneto, con mayor peso de las festividades de tradición católica.

En Emilia Romagna las fiestas de *l'Unità* sustituyeron en muchos lugares a las tradicionales fiestas del patrón, en un intento de afirmar la superioridad de la fiesta laica sobre la religiosa. Dondi,^[16] afirma que es necesario entender este proceso más allá de la política, sino que hay que atender a factores socioeconómicos. La modernización que lleva consigo la fiesta de *l'Unità* lleva a una serie de reajustes: hasta aho-

ra se había atacado con fuerza, en la zona Emiliana, a las fiestas patronales debido a que eran vistas como un resto del Antiguo Régimen y ligadas aún a ritos agrícolas. La comunidad tenderá a reagruparse en torno a las fiestas de *l'Unità* porque las fiestas del patrón no representaban adecuadamente la nueva realidad que se estaba viviendo y las nuevas aspiraciones ligadas a un deseo de sociabilidad política inexistente en el modelo paternalista.

Como es lógico, la jerarquía eclesiástica y los párrocos no acogieron con agrado esta reconfiguración de sus espacios tradicionales. Surgirá en muchas localidades una auténtica «competición» para ocupar las plazas y los espacios públicos, que representaban de forma simbólica el poder. La organización de procesiones durante las fiestas de *l'Unità* fue una constante en aquellos lugares de mayor implantación comunista como forma de contener al adversario y negar su legitimidad.

La pugna entre católicos y comunistas no se limitará a acciones de este tipo. Uno de los máximos exponentes será el intento de prohibir la fiesta nacional de 1948 en Roma por parte de su alcalde, el democristiano Salvatore Rebecchini, argumentando que la fiesta «no era una tradición y por tanto no merecía el interés de la junta de gobierno»^[17]. La Iglesia católica encontró un poderoso aliado en la Democracia Cristiana, partido que desde los distintos gobiernos (ya fuera a nivel nacional o local) intentará poner todo tipo de trabas a la celebración de las fiestas de *l'Unità*, con el Ministro del Interior, Mario Scelba, a la cabeza. Las prohibiciones y censuras tuvieron el efecto contrario al pretendido, movilizando aún más si cabe a los militantes comunistas contra el gobierno democristiano, que tuvo que ceder en la mayoría de ocasiones.

16.- Mirco Dondi, *Le feste dell'Unità...*, p. 137.

17.- *l'Unità*, 14 de septiembre de 1948.

El éxito de las fiestas se mide también en el surgimiento de «nuevas formas organizativas» capaces de «interesar y atraer a este tipo de eventos diversos estratos de la población de toda clase y categoría social»^[18]. Las fiestas locales se extenderán en un breve periodo de tiempo por todo el territorio italiano, desde el Véneto a Sicilia, creando una amplia red capaz de involucrar a millones de ciudadanos. La gran diferencia existente entre la fiesta nacional y las de tipo local o provincial reside en el papel jugado dentro de la estrategia comunista. El valor de la primera residía en su importancia a la hora de proyectar la imagen de un partido fuerte y cohesionado. Por lo que respecta a las segundas, su repercusión mediática podía ser menor, pero no su función, puesto que a través de ellas el PCI afianzaba su implantación en todo el territorio italiano, permitiéndole penetrar en diversas capas sociales, ampliar consensos y, en última instancia, como sucedía en regiones como la Emilia, conquistar la hegemonía.

Rituales y símbolos

Como ya ha sido apuntado, el carácter popular de las fiestas era más visible en aquellas que se celebraban a nivel local en pequeños pueblos y ciudades. La participación popular se reflejaba especialmente en los banquetes, bailes y juegos, convirtiéndose en ejes fundamentales del evento. La dimensión política era cubierta en buena medida por el evento nacional, por lo que tocaba a las fiestas organizadas por las distintas secciones ocuparse de la dimensión lúdica y festiva. Estas debían proporcionar la evasión y relajación del militante que trabajaba duro durante todo el año.

De esta forma se organizaban programas con una amplia diversidad de actividades,



Militantes disfrazados de personajes históricos (entre ellos Marx y Gramsci) en la fiesta de Monza en 1947. (AFP).

como competiciones deportivas, cine, teatro, conciertos, lecturas o bailes. Con esta variedad se conseguía un doble objetivo, a juicio de Tonelli: por un lado, la exhibición de la capacidad organizativa; del otro, la atracción e implicación de un amplio número de ciudadanos no necesariamente comunistas^[19].

Una de las actividades con mayor participación eran los bailes, en los que el PCI vio rápidamente su valor político. En los primeros años tras la Liberación, como homenaje a los estadounidenses se incluían bailes típicos del país norteamericano. Cuando Estados Unidos se posicionó del lado de la DC, el *boogie-woogie* fue sustituido por otros bailes de carácter popular, entrando en la batalla ideológica contra la «americanización».

Otro elemento central de la socialización lo constituían los banquetes. En los primeros años de la posguerra estos no eran muy abundantes debido a la precaria

18.- Anna Tonelli, *Storia politica e sociale...* p. 56.

19.- Ibídem, p. 27.



Un grupo de personas observa uno de los murales de la fiesta nacional de l'Unità celebrada en Bolonia en 1982. (Fundazione Gramsci).

situación económica, pero con el paso de los años las mejoras fueron significativas, incrementándose el número de personas involucradas (cocineros, camareros, etc.) y la variedad de comida servida. La gastronomía cobró especial relevancia como instrumento de intercambio cultural entre distintas ciudades y regiones, que aportaban a las fiestas los platos típicos de diversos lugares, así como elemento fundamental para atraer y sorprender a los sectores de la población ajenos al PCI.

Las competiciones deportivas como el atletismo, boxeo, fútbol, baloncesto; o las rifas constituían igualmente puntos imprescindibles en el programa como imán y reclamo. Los premios sorteados en las rifas eran muy diversos dependiendo del lugar: bicicletas, máquinas de coser, estufas, abrigos de piel, etc. Atraían especialmente a las clases más populares, que veían en ellas una posibilidad de ganar premios inalcanzables de otra forma debido a su nivel económico.

Uno de los puntos más polémicos del programa de actividades lo constituyan sin lugar a dudas los concursos de belleza femeninos, que recibían el nombre de *Stelline dell'Unità*. En efecto, suponían toda una contradicción teniendo en cuenta que en las fiestas se daba espacio, aunque de forma tímida, a las reivindicaciones de emancipación de la mujer a la vez que se las colocaba en una posición subalterna. No faltaron miembros de la dirección que defendieron dichos concursos de una forma un tanto estrembótica:

«A propósito de *Stelline*, ¿sabéis qué diferencia existe entre la *Stelline dell'Unità* y otros concursos convocados para otorgar títulos de miss a diestro y siniestro? Muy simple. En la elección de l'Unità la *stellina* se viste (ya que gana una máquina de coser). En las otras la *miss...* se desnuda»^[20].

20.- l'Unità, 3 de septiembre de 1950.

Además de dicha competición, la posición de la mujer tampoco cambiaba en los otros ámbitos de la fiesta, ya que ocupaba principalmente las cocinas para preparar la comida servida en los banquetes. El único aspecto relevante de esta situación es que trabajaba codo con codo con los hombres en los fogones, acontecimiento que pocas veces podía verse en la vida cotidiana, tal y como apunta Dondi^[21].

Por lo que respecta a los símbolos característicos de la fiesta, podemos resaltar algunos de ellos como la escarapela, las banderas, las carrozas, los murales o el propio desfile. A través de estos se evidenciaba el carácter político de la fiesta popular, con una marcada labor pedagógica y de culto político, por lo que tendrán una importancia central en el desarrollo de este tipo de eventos, en tanto que suponen, en primer lugar, el reconocimiento y reafirmación de los militantes comunistas.

Desde el mismo momento en el que se llegaba a la fiesta se repartía el primer símbolo que mostraba la pertenencia al movimiento y al partido: la escarapela. Colocada por las jóvenes militantes en el pecho de los asistentes, estas recibían a cambio una pequeña cuota que servía para financiar el partido. Nuevamente el significado va más allá del económico, puesto que la «imposición» de la escarapela suponía todo un rito de iniciación en la fiesta como si de un sacramento se tratara.

Las banderas, los retratos de distintos líderes, la hoz y el martillo, representaciones de la clase obrera, las carrozas, etc. formaban parte fundamental de los desfiles, cargados de un enorme simbolismo. Ejemplo de ello será la representación de las 116 secciones de Reggio Emilia por parte de 116 jóvenes; el desfile de obreros con sus taladros, de amas de casa con máquinas de

coser, de campesinos, de mineros, etc.

Desde el origen de la fiesta se observa un meticuloso trabajo de construcción de una identidad dirigida a militantes y simpatizantes, y en este sentido Dondi afirma que

«el objetivo de las fiestas no era solo movilizar a las masas, sino también representar la comunidad *rossa* creando un evento colectivo diferente a los contextos de lucha. Era por tanto una ocasión excepcional para resaltar los vínculos identitarios (pertenezco a, me identifico con), donde la identificación pasa a través de la relación entre el militante y el líder y la pertenencia tiene que ver con la relación que se crea entre el militante y sus compañeros de Partido y de lucha».^[22]

Conclusión

Las fiestas de *l'Unità* constituían una ocasión excepcional para resaltar las diferencias entre «nosotros» y «ellos», entre comunismo y democristianos/Iglesia católica. Suponía toda una construcción de una identidad colectiva que ayudaba, efectivamente, a diferenciarse del adversario. En efecto, cuanto más dividida está una sociedad, mayor es la cohesión de cada grupo, por lo que la fiesta supone en cierta medida una necesidad para reforzar los vínculos comunes, el sentimiento de comunidad y la solidaridad entre sus miembros.

Eran por tanto un evento en el que los militantes comunistas se reconocían como tales, entre iguales, mostrando su orgullo por pertenecer a un partido que defendía con ahínco los intereses de la clase obrera y con el que se identificaban totalmente, manteniendo así viva la «fe» de los militantes. El éxito del PCI radicaba en su capacidad de fundirse con el pueblo, de estar pe-

21.- Mirco Dondi, *Le feste dell'Unità...*, p. 134.

22.- Ibídem, p. 133.



Mujeres participantes en el desfile de la fiesta nacional de *l'Unità* celebrada en Arezzo 1978. (Fundazione Gramsci).

gado a su realidad, presentándose como el mayor servicio a la ciudadanía, y así lo hará hasta su disolución en 1991.

Qué duda cabe que las fiestas de *l'Unità* ayudaban a consolidar esta relación entre partido y militancia, donde estos últimos eran los verdaderos protagonistas, ya que sin su trabajo abnegado no se hubieran conseguido tales éxitos. Muchos de ellos utilizaban sus propias vacaciones para colaborar desinteresadamente en la organización de los distintos eventos, lo que da buena muestra de la disciplina y fidelidad que mostraban al partido. Era como si, por unos días, se alcanzara una especie de sociedad comunista, en la que todos trabajaban de forma desinteresada por un bien común.

Pero sobre todo debemos entender este tipo de eventos como parte de una estrategia más amplia centrada en la conquista de la hegemonía política y cultural en su con-

cepción gramsciana, según la cual «puede y debe existir una actividad hegemónica incluso antes del ascenso al poder»^[23]. El PCI debía penetrar en la sociedad, radicarse en todo el territorio y erigirse como guía intelectual. Para ampliar consensos era necesario ir más allá de los propios «convencidos», aumentar la base social del partido.

Como partido marginado del sistema por el contexto internacional, el PCI debía buscar vías que le permitieran alcanzar dicha preeminencia. Para ello, las fiestas nacionales suponían toda una carta de presentación a la sociedad en su conjunto y al exterior como un partido moderado, además de ser toda una exhibición de fuerza y capacidad organizativa y de movilización.

Las fiestas más pequeñas cumplían una función aún más importante si cabe en esta

23.- Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* (tomo 5), México D.F., Ediciones Era, 1999, p. 387.



Participantes en el desfile de la fiesta nacional de l'Unità celebrada en Bolonia en 1982 (Fundazione Gramsci).

estrategia, puesto que suponían el verdadero instrumento mediante el cual el PCI era capaz de involucrar y hacer partícipe a la población más allá de sus propios afiliados y simpatizantes. No eran pocos los votantes democristianos que se acercaban a pasar un buen rato de baile o comida, lo que permitía al PCI salir de la exclusión de forma silenciosa, pero sin duda efectiva.

Sería erróneo por tanto explicar la celebración de las fiestas de l'Unità en su aspecto recaudatorio para financiar el partido, puesto que supondría un análisis superfí-

cial que impediría llegar a los verdaderos motivos: su papel como instrumento de socialización política insertado en una estrategia más amplia.

Muestra de su éxito es que, tras la disolución del PCI en 1991, los partidos que podríamos considerar como herederos –el PDS primero y el PD actualmente- siguieron celebrándola, y a día de hoy continúa siendo uno de los eventos de mayor relevancia en Italia, especialmente en aquellas zonas donde, efectivamente, se alcanzó la hegemonía.

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM



núm. 1 | 2016



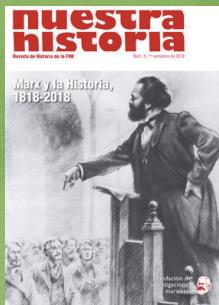
núm. 2 | 2016



núm. 3 | 2017



núm. 4 | 2017



núm. 5 | 2018



núm. 6 | 2018



núm. 7 | 2019



núm. 8 | 2019



núm. 9 | 2020



núm. 10 | 2020



núm. 11 | 2021



núm. 12 | 2021



núm. 13 | 2022



núm. 14 | 2022



núm. 15 | 2023



núm. 16 | 2023



núm. 17 | 2024



núm. 18 | 2024

Todos los números de **Nuestra Historia** están disponibles en revistanuestrahistoria.com

fundación de
investigaciones
marxistas



transform!
europe